

El fin de la historia

Rafael GAMBRA

Francis Fukuyama, ensayista americano de ascendencia nipona, ha escrito un libro titulado «El fin de la Historia y el último hombre». Resulta curioso que nuestra época abunde en previsiones escatológicas no sólo de carácter religioso sino también político-social.

La temporalidad, origen de la historia, ha sido siempre para el racionalismo un estadio superable del desarrollo humano que el progreso irá reduciendo hasta su ideal desaparición. Fukuyama propugna en este libro el retorno a Hegel, es decir, a la visión racional o dialéctica de la Historia. Más podría compadecerse ese supuesto fin de la historia con el hegelianismo de Marx que supone el término del proceso dialéctico —es decir, de

Historia— en la síntesis final de un hombre y un medio nuevos, técnicamente adaptados entre sí, para completar definitivamente el proceso en una reconciliación universal.

Venturosamente ese final dialéctico de la Historia ha pasado a la historia (es decir, a enriquecer su elenco) con el actual fracaso de la utopía marxista. Fukuyama, sin embargo, en una apología de la sociedad americana, sitúa ese cercano

fin de la historia en la democracia liberal, que, según él, está vigente en el mundo desarrollado y es punto de obligada confluencia para la tendencia política de todo el mundo.

El genio de esta democracia satisface —según Fukuyama— las dos formas de ambición humana (*tymos*), la individual y la política, logrando una perfecta tensión entre su tendencia a la posesión y el disfrute (el *apetito concupiscible* de Aristóteles) y el impulso de lucha y superación (*apetito irascible*). La sociedad democrática ofrece, en efecto, un horizonte ilimitado al disfrute de medios (consumismo) y una cancha de lucha pacífica por el poder en el juego electoral de los partidos. Elimina asimismo toda instancia superior que limite esas posibilidades de disfrute y de conquista. Con lo que constituye una perfecta *timocracia* (satisfacción del *tymos*). En este equilibrio de tensiones y posibilidades cree descubrir Fukuyama el fin de la historia, al menos de la Historia con mayúscula, es decir, de esa sucesión anárquica y azarosa de poderes, regímenes, predomios, invasiones.

Siempre he pensado que, si

esa democracia liberal fuese instaurada de una manera real y universal, sería efectivamente el final de la historia. Pero por razones diferentes a las que apunta Fukuyama. Una tal democracia no daría satisfacción al impulso más profundo y genuinamente humano que es la búsqueda de la verdad y del bien, y el anhelo de construir algo estable sobre ellos. No sólo no lo satisface sino que tiende a ahogar ese anhelo y, con él, lo que constituye en rigor del espíritu humano: su racionalidad y su libre albedrío. Si se llegara a convencer a todos los hombres de que la verdad y el bien son sólo opiniones computables en el voto, y que las leyes morales y políticas son sólo el fruto de una convención, contrato o constitución entre los hombres en orden a vivir en paz y progresar, se habría logrado convertir a la sociedad en ese «rebaño de animales placenteros, tímidos e industrioses cuyo pastor es el Estado» que nos describió Tocqueville. Un universo de mentes telespectadoras, intrascendentes, en conexión con un ordenador universal. El final de la historia se habría logrado así, no por una armonización de los impulsos

humanos entre sí y entre éstos y el medio, sino por una especie de abdicación del espíritu humano. Recordemos que el ámbito de lo humano es la historia, como declara el título de la obra de Zubiri: «Naturaleza, Historia, Dios».

La dificultad estribará, por fortuna, en esa consolidación universal y definitiva de la democracia liberal. Siempre podrá surgir quien opine que la Voluntad humana que establece la Soberanía Nacional no es la Voluntad General individualista que se expresa en el sufragio sino la Voluntad carismática de un Jefe que represente el *tymos* profundo del Pueblo, y obtenga el poder por sufragio universal. Tal fue el caso de Hitler, que hizo retornar potente la Historia con mayúscula.

O bien cabe la posibilidad de que se abra paso la opinión de que el fundamento del orden político no debe ser humano sino religioso. Porque la religión responde a los impulsos más profundos del hombre, que no son el *tymos* (concupiscible e irascible) que supuestamente satisface la democracia laicista. Tal es el caso de las últimas elecciones argelinas en las que ha triunfado democráticamente

el partido fundamentalista islámico que propugna una base religiosa para la sociedad y el Estado.

En tales casos aparece la quiebra última de la democracia como régimen de opinión. Toda opinión es para ella, válida excepto la de que existe una verdad objetiva independiente de la opinión mayoritaria: esas elecciones han sido, como se sabe, anuladas por resultado antidemocrático, y perseguidos los vencedores. Ello ilustra la vieja copla que nuestros antepasados cantaban a los primeros liberales, con música del himno de Riego:

El pensamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera el que no piense
igual que pienso yo.

Es decir, que la democracia liberal es un sistema o ideación más, con sus dogmas y sus tabús, tan histórico y temporal como todo lo que el hombre produce sobre este universo giratorio. La inmovilidad y la eternidad hay que buscarlas en el mundo sobrenatural.

Esperamos, pues, que, a pesar de la democracia homologada, la historia continúe y no nos toque conocer al «último hombre».